

que un voto ridículo, como abstenerse de la carne de puerco, no obliga, y con mayor razon el voto ó juramento de hacer mal, por egemplo de castigar con extrema severidad á sus esclavos; promesa, añade, que antes de la egecucion es ya un pecado digno de penitencia. Respecto á los que juraban, que no se dejarían ordenar Sacerdotes ú Obispos, no quiere que se les obligue á ello contra su juramento, á no ser que se espere para la Iglesia una ventaja que haga presumir que su voto no habia tenido por objeto un mayor bien. La razon que se da de esta decision es, que la esperiencia enseña, que este género de ordenaciones tiene malísimo resultado.

El culpado de hurto será privado de la comunión por un año, si se acusa á sí mismo; y por dos si el convencido por otra via. Pasará toda la vida en estado de los *lloradores* el apóstata que renunció á Jesucristo; pero en el fin de sus dias se le dará la comunión, esperando en la misericordia de Dios. Se permite abreviar generalmente la penitencia cuando el pecador se dedica á cumplirla con mucho fervor. Tales eran los principales artículos que convenia observar en las epístolas de San Basilio á San Anfiloquio. Se ve la costumbre de las censuras en algunas otras de sus epístolas, generalmente como se practica en nuestros dias. Hállase tambien en ellas la prohibicion de comunicar con el escomulgado delatado en persona aun en las cosas ordinarias de la vida.

93. Tenemos un monumento muy precioso de tradicion y disciplina en la epístola de este Padre á

Cesario, y no debemos pasarle en silencio; y es tocante al uso de la santa comunión y de la práctica tan justamente conservada y sostenida contra los sacramentarios de reservar el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente de tributarle de un modo habitual y permanente el culto supremo que le es debido. Escribia el santo Doctor: „es útil comulgar todos los dias para participar del cuerpo y sangre de Jesucristo; aunque nuestro uso sea el comulgar cuatro veces á la semana, domingo, miércoles, viernes y sábado, sin contar el dia en que cae la fiesta de algun Mártir. El que en tiempo de persecucion, prosigue, esté cualquiera en la obligacion de comulgar por sus mismas manos, á falta de Sacerdote ó Ministro, es inútil probarlo: pues este principio está establecido por una práctica antigua y constante. Sabemos que todos los solitarios, en el fondo de sus retiros donde no hay Sacerdotes, guardan la comunión en sus celdas y comulgan por sí mismos. En Alejandría y en lo demás del Egipto el mayor número de los legos guardan tambien la comunión en sus casas. Celebrada una vez la Misa por el Sacerdote, y repartida la hostia, el Cristiano que la recibió al propio tiempo, y comulga luego por su propia mano en diversas veces, debe creer que comulga de mano del Sacerdote que se la entregó: ya que en el templo mismo donde el Ministro da la partícula, el fiel que la recibe de su misma mano la tiene en su poder antes de llevarla á la boca; es pues lo mismo recibir del Sacerdote una ó muchas á un mismo

tiempo." Esta era entonces la práctica de la comunión: el Sacerdote colocaba la Eucaristía en manos del comulgante, que la llevaba por sí mismo á la boca.

En los cánones de San Basilio y en el rigor de la antigua disciplina en general se encuentra sin duda gran materia de edificacion, y siempre se apelará con justicia á las santas máximas, que la tibieza y la corrupcion han puesto fuera de uso, haciendo llorar á la Iglesia (*). Para aplacar pues su dolor y coadyuvar á los fines que nunca deja de mostrar, están obligados los Ministros de la penitencia á instruirse en los cánones antiguos, penetrar su espíritu, y conformarse con ellos en la práctica en cuanto lo permitan las circunstancias. Mas como la Esposa de Jesucristo no juzga necesario ó conveniente á su estado actual restablecer todas estas antiguas observancias, seria acusar á su sabiduría ó á su firmeza, emprender esto sin su consentimiento y acuerdo: seria darla en cara con su

(*) Los continuos clamores por el rigor de la antigua disciplina, y contra la supuesta relajacion de la presente forman otra de las manías de esa secta de rigoristas, amadores eternos de la *ley del embudo*. Cualquiera que oiga á un discípulo del Padre Quesnel hablar sobre la penitencia, juzgará que oye á un Solitario de la Tebaida; pero si examina atentamente su vida, ¡qué de tibiezas, ó mas bien, qué disolucion tan completa no encontrará en su proceder! Aun cuando cumplen con alguno de los deberes cristianos, el orgullo corrompe y macula todas sus obras. Si ayunan, *exterminant facies suas*; si dan limosna es *ad sonitum campanæ*; si oran *ut ab hominibus videantur*; sin duda les dirá el justo apreciador de la virtud: *recepistis mercedem vestram*.

decrepitud, con pretesto de resucitar sus floridos dias. Mucha mayor temeridad seria aun oponer á lo que ha juzgado digno de reemplazar las leyes mal observadas, y á la disciplina recibida hoy en general, los cánones de los antiguos Concilios, ó á lo menos los de algunas Iglesias en particular, aunque justamente elogiados en la antigüedad. Convendrán todos en que hasta los de San Basilio son defectuosos en algunos artículos: porque no solo mandan que se reitere el bautismo de los hereges cuando alteran la forma de este Sacramento, sino tambien el de los encratitas, aunque bautizaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: porque creían con los Marcionistas que Dios es el autor del mal (1). Tampoco son conformes á los principios de la Iglesia Católica Romana los cánones de los Orientales sobre la disolucion del matrimonio por causa de adulterio.

No es merecedora de ser tan preferida la disciplina Oriental á la de los Occidentales antiguos ó modernos. Sin embargo que la de hoy sea menos rigurosa aunque se acomode á las costumbres, y aun si se quiere á las flaquezas de nuestra edad, se debe á lo menos reconocer que es pura y exacta, uniforme y fija, compilada sabiamente, y en todo conforme y arreglada al Evangelio. En la disciplina del santo Concilio de Trento, en la de San Carlos Borromeo, y en la de un gran número de Concilios particulares celebrados en varias Iglesias en observancia de estos decretos ecuménicos y divinos: en esta disciplina,

(1) *Can. 47.*

digo, hallamos todo cuanto la antigüedad tiene mas sólido en materia de moral, unos cánones en particular Evangélicos, unos reglamentos precisos para arribar á la santidad y perfeccion de la piedad cristiana. ¿Podrá formarse á vista de esto una queja razonable, á no ser de no observarse?

94. Mas volvamos á San Basilio. Su libro del Espíritu Santo le escribió tambien á instancias de San Anfiloquio. El benéfico Obispo de Iconio, mucho mas jóven que el de Cesaréa, y penetrado de un respeto muy lejos de toda sospecha injuriosa, le advirtió no obstante que sus enemigos fingian inquietarse con motivo de las variaciones introducidas por la Iglesia de Capadocia en la celebracion de la Doxología, ó fórmula de bendicion en honor de la Trinidad adorable. En vez de decir invariable y uniformemente: *gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*; Basilio orando con su pueblo decia: unas veces, *gloria al Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo*; y otras, *gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*. Sabia tambien Anfiloquio, además de que nada parecia leve á estos antiguos y religiosos depositarios de la tradicion, que el herege Aecio pretendia establecer la semejanza de las Personas divinas en un testo de San Pablo, que nombrándolas hacia uso de estas varias fórmulas.

Reprueba Basilio el sentido impío de este dialéctico herege; cuya impiedad, añade, nada puede quitar á la santidad de las palabras dictadas por el mismo Espíritu Santo. Muestra despues cuan lejos estaba de

aplicar á la doctrina de la salud unas sutilezas miserables y del todo humanas, desconocidas á los escritores sagrados. No solo escluye de las Personas divinas lo que podria dar la menor idea de desigualdad, sino que llega hasta enseñar la procesion del Espíritu Santo. Primero la compara con el soplo que sale de la boca de Dios. Despues lo enseña mucho mejor, añadiendo, que no es ni su obra por la creacion, ni su verbo por la generacion, y que proviene de él de una manera inefable. Para manifestar el origen de la Doxología acusada de novedad dice, que entre los dogmas conservados en la Iglesia, unos provienen de la Escritura, y otros de la tradicion apostólica que los ha transmitido tácitamente, y que estas dos fuentes tienen la misma autoridad en la Religion. Añade el Santo: „ninguno duda de este principio por poco versado que se halle en la ciencia eclesiástica. Si osásemos abandonar las costumbres no escritas, como que tienen poca autoridad, daríamos sin pensarlo golpes mortales al mismo Evangelio, ó mas bien reduciríamos la predicacion á puros idiomas sin entenderlos las mas veces. ¿En qué lugar de las divinas Escrituras encontramos por egemplo las oraciones que acompañan la consagracion del pan Eucarístico y del cáliz de bendicion? ¿Por qué no nos contentamos con lo que se lee en San Pablo ó en el Evangelio, sino que antes y despues de estas espresiones proferimos otras sacadas de la doctrina no escrita, y que tienen una virtud grande para el sacramento? ¿No son estas unas instrucciones reservadas que nuestros padres nos

han guardado en un silencio religioso impenetrable á la curiosidad profana, y tan antiguo como el establecimiento de la Iglesia, como es constante por un uso del que no se halla el origen?" Por último cita el santo Doctor á favor de la tradicion especial de que se trataba, es decir, de la Doxologia, al propio Ministro que le habia bautizado y admitido en el Clero, y luego entre los mas antiguos Doctores á los santos Papas Clemente y Dionisio, á San Ireneo de Leon, San Dionisio de Alejandria, Eusebio de Palestina, Atenágoras, San Gregorio Taumaturgo, Melecio del Ponto y Firmiliano. Añade que los mas de los Cristianos Orientales y todos los Occidentales tenian la misma costumbre de cantar desde entonces, como se hace en nuestros dias: *gloria al Padre y al Hijo y al Espiritu Santo*. ¡Tan grande era la atencion de este ilustre Doctor á los mas pequeños ápices de las observancias sagradas, y á cuanto podia interesar á la Religion!

95. No era menor su celo con la porcion de la Iglesia que le estaba confiada en especial, mientras que estendia á lo exterior sus cuidados pastorales. La institucion de un Sacerdote encargado del cuidado de las almas, le parecia el mas interesante de todos los asuntos. Habiéndole recomendado un hombre principal llamado Nectario á cierto sugeto para una de estas plazas, le manifestó que con todo su deseo de complacerle nada podia conceder á sus instancias en esta materia. „No seria yo un dispensador fiel, le decia, sino un mercenario impío, si conmutase el don de

Dios por la amistad de los hombres. No hacemos nuestra eleccion sino en vista del testimonio del grado mas elevado de mérito en cuanto pueden conocerlo los hombres, y aun entonces temblamos, no sea que nuestros juicios no se conformen con los de aquel que escudriña los corazones. ¿A qué riesgos no se espone el que procede de otra manera? Así es que os cargais con las culpas de los que recomendais. Si la potestad del órden proviene de los hombres, ¿qué necesidad hay de nuestro ministerio, y de los ritos sagrados que solo serian una vana representacion de la verdad? ¿Por qué no se toma cada cual de por sí esta potestad? Y si se recibe de Dios, ¿por qué opondremos nuestra voluntad á la suya, y no seguiremos únicamente las reglas establecidas para conocerla?"

Conduciase así sin variedad alguna el santo Arzobispo, como vemos por una epístola escrita acerca de esta materia á sus Coepiscopos, en la que se encuentra la misma disciplina que en algunas cartas de San Cipriano, pero de un modo mas circunstanciado (1). Examinaba el Obispo con sus Sacerdotes á los que se juzgaban dignos de entrar en el Clero, sobre si eran detractores, coléricos, disolutos; ó si con la aversion á los vicios graves tenian, si no las virtudes y el mérito en un grado eminente, á lo menos las disposiciones propias para adquirirlas. En una palabra, el vigilante Pastor observaba con atencion todo el curso de las costumbres y de la conducta de sus clérigos desde sus primeros años. Los Sacerdotes y Diá-

(1) *Basil. Epist. 181.*

conos que vivían con estos discípulos en casas parecidas á nuestros seminarios, informaban á los Corepiscopos de todo lo que en ellos pasaba; y éstos, que eran Vicarios del Prelado, despues de darle cuenta, admitian á estos candidatos al orden clerical. Los hacia entonces el Obispo lectores ó Subdiáconos: y despues de probados en estas primeras órdenes, los elevaba de acuerdo con su Clero al Diaconado, y por último al Sacerdocio. Este era el orden dispuesto por el Apóstol, que manda probar á los Diáconos antes de confiarles el ministerio: y á pesar de toda la amargura de tantos reformadores y declamadores modernos, tal es siempre el espíritu de la Iglesia, y la mayor parte de su disciplina actual. Reconoce con un dulce consuelo todo fiel humilde, que el Espíritu Santo no atiende menos á gobernarla hoy que en la feliz edad de los Basilio y Ciprianos. Su santidad es siempre la misma en sus principios: y la censura no puede recaer sino sobre nuestra tibieza en seguir sus huellas.

Habia formado de esta manera en breve tiempo el ilustre Metropolitano de Capadocia un clero venerable á sus mismos perseguidores. Nada se ocultaba á su vigilancia. A un eclesiástico septuagenario le servia una persona del otro sexo contra la sabia disposicion de los cánones; de lo cual avisado el Prelado por el Corepiscopo, escribió al Sacerdote delinuyente llamado Gregorio ó Paregorio, para que despidiese cuanto antes á aquella muger, y se sirviese de hombres; añadiendo, que si su edad avanzada de se-

tenta años le impedia padecer alguna sensacion importuna con la vista de este objeto, como era natural presumirlo, era no obstante necesario evitar el escándalo, cuyo miedo influía mucho mas en el consejo que le daba, que ninguna especie de sospecha; y que le seria menos difícil conformarse con esto, cuanto aseguraba hallarse mas libre de pasion. Por fin concluye el santo Obispo: „si no obedecis, quedareis entredicho hasta la muerte, lo que os horrorizará con una cuenta mas terrible en el tribunal del Juez Supremo: y si osais egercer las funciones del sacerdocio sin haberos sujetado, sereis un objeto de anatema para todos los fieles que comunicando con vos, serán tambien escomulgados por la Iglesia (1).” Se ve aquí la antigüedad del orden que se debe seguir en las penas canónicas; el entredicho ó suspension, y luego la excomunion de la persona que no la observa, y de los que comunican con ella. Emplea el santo Doctor todos estos medios por la correccion de un solo Sacerdote; convencido de que la buena constitucion de una Iglesia solo puede resultar de estos cuidados de poca importancia en la apariencia, y que un gobierno menos sacerdotal trata de pequeñeces.

No descuidaba por esto aquel hombre superior de las demás cosas que podian contribuir al decoro de la Religion. Edificó una Iglesia magnífica con diversos cuerpos de habitacion: uno mas elevado y mas adornado para el Obispo, cuya dignidad no le tenia olvidado de su humildad, ni de su escetivo desinte-

(1) *Basil. Epist. 19.*

rés; y dispuso otros mas bajos, pero muy cómodos para su Clero. En un lugar fuera de Cesaréa antes inhabitado, construyó y dotó con las tierras que le habia dado el Emperador Valente, siguiendo la intencion de este Príncipe, un magnífico hospital, el que vino á ser uno de los mas principales adornos del pais, y como una segunda ciudad que por largos años conservó el nombre de Basiliada en memoria de su fundador. Además de los asilos de los viageros é infelices de todas clases, especialmente leprosos, que llevaban de continuo el espanto, y algunas veces el contagio entre los ciudadanos, habia en este hospital habitaciones para todas las personas precisas á su servidumbre, directores, médicos, cirujanos, y para un crecido número de domésticos, criados y obreros de toda profesion, y talleres para sus piezas. Iba muchas veces á instruir y consolar á los pobres el tierno Pastor; estendiéndose su caridad y benevolencia hasta abrazar á los leprosos, cuando convenia animar á los que les servian. De esta suerte gozaba con su pueblo de los beneficios del perseguidor Valente, entretanto que la persecucion arruinaba la mayor parte de las provincias.

96. Era mas afligida que otra alguna la Iglesia de Antioquía, donde los Católicos permanecian divididos. El santo Patriarca Melecio seguia aun en el destierro, cuya suerte no experimentó Paulino, otro Patriarca de Antioquía no menos ortodoxo, sin duda porque su rebaño menos numeroso llamaba poca la atencion. Se vieron despojados de sus Iglesias los sub-

ditos de Melecio, y reducidos á la triste necesidad de unirse en cuevas y en cavernas, y muchos años al campo raso espuestos á todas las inclemencias del tiempo que sufrieron con inalterable firmeza. De aquí les vino el nombre de campesinos, de los cuales murieron muchos precipitados en el rio Oronte.

Cuidaron de este rebaño desolado dos Sacerdotes celosos, Flaviano y Diodoro. Siendo los dos aun legos padecieron la persecucion en el Imperio de Constantino, y ambos fueron despues Obispos: Flaviano de Antioquía, y Diodoro de Tarso. Les asistieron los santos solitarios, que desprendidos de todas las cosas del mundo, solo procuraban defender la verdad. Fueron tan estremadas las vejaciones, que los mismos Paganos censuraban al Emperador; el filósofo Temistio le dirigió un discurso, en el que para disuadirle de incomodar á los Cristianos á causa de sus diferentes opiniones acerca de la divinidad, cuenta mas de trescientas maneras de pensar de los Paganos sobre el mismo objeto.

Pero el mas glorioso apoyo de los Católicos de Siria fue sin contradiccion el solitario San Afraates, natural de Persia, y de una familia distinguida, la que habia dejado lo mismo que á su patria, para retirarse á una tierra desconocida y vivir extraño. Mas corrian todos á verle admirando su vida celestial. Apenas podia esplicarse en su language medio griego y medio persa, y todos no obstante querian oir sus instrucciones: el pueblo, los magistrados, los militares, los sabios y los ignorantes. Mirando el Emperador

Valente desde una galería de su palacio hacía el camino á lo largo del Oronte, vió un dia á un anciano cubierto de un manto pobre, y caminando aceleradamente, cosa pasmosa para su avanzada edad. Quiso saber cómo se llamaba, y por qué motivo corría tanto: á lo que contestaron que era el solitario Afraates, al que toda la ciudad respetaba con una profunda veneracion, y que iba á la plaza donde se reunian los Católicos (1).

„¿Qué buscáis, le dijo al instante el Príncipe, y por qué abandonáis el retiro donde deberiais estar encerrado conforme á la regla ascética? Teneis razon, Señor, respondió Afraates, deberia guardar soledad; ¿pero la virgen mas retirada y mas tímida permanecerá sentada y quieta en medio de la casa paterna, cuando ve las llamas en ella? no por cierto; antes bien corre por todas partes para facilitar socorros. Vuestros Arrianos ponen fuego á la Iglesia, y voy volando á apagarle.” El Emperador aunque muy enojado, nada le contestó: pero uno de sus eunucos profirió mil blasfemias contra el santo viejo. Habiendo ido poco despues este perverso á ver si el baño del Príncipe se hallaba caliente, fue arrebatado de un frenesí, y se precipitó en el agua hirviendo, donde encontró la muerte y el castigo de su impiedad. Divulgóse este hecho en toda la ciudad de Antioquía, y los hereges quedaron llenos de terror; de manera que el mismo Valente no se atrevió á confinar á Afraates como lo tenia determinado.

(1) *Filostrat. cap. 8.*

97. Los sectarios que se valian de todo género de medios, ó especiosos, ó visiblemente falsos, para apoyar su doctrina con una autoridad tan respetada en Oriente como la de los solitarios, publicaron que Julian, por sobrenombre Sabas, este es, el viejo ó el cano, opinaba como ellos sobre la divinidad de Jesucristo. Este era el mas célebre de todos los solitarios de la Siria dotados en especial del don de milagros. Le avisaron los Católicos el falso rumor que se habia esparcido; y al punto se vino desde el pais de Edesa donde residia, para mostrar su creencia en medio de Antioquía. Se quedó inmediato á la ciudad al pie de un monte en una caverna, donde se decia que el Apóstol San Pablo se habia ocultado en otro tiempo, y donde se reunian los fieles perseguidos. A su arribo le acometió una fiebre muy violenta, lo que afligió en tanto grado á los ortodoxos, cuanto este accidente no parecia menos dañoso á la causa de la Religion, que á la fama de su defensor; pero les dijo: *no os inquietéis, Dios me dará la salud, si es útil á su gloria.* Se puso en oracion, y tuvo un copioso sudor que de repente quedó libre de la calentura; despues de lo cual se presentó en todas partes acompañado siempre de Católicos, confesando la fe con sus obras y con sus palabras, y confirmándola con un gran número de prodigios. Estendió la mano mientras hablaba el Santo un pobre que se hallaba á la misma puerta de palacio sin poder hacer uso alguno de sus pies, y tocándole su manto, al momento se sintió sano, y principió á correr y á saltar con